



www.loqueleo.es

© 2022, Joan Manuel Gisbert

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-393-1

Depósito legal: M-24472-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Joan Manuel Gisbert

**La que
de vino
de onde no se vuela**

loqueleg

*A los que tenéis siempre abierto
vuestro espacio imaginario
a los hechos que se narra
por medio de las palabras.*

La llegada de Ania Vars

A mediados de abril llegó al IES Alan M. Turing un comunicado de la Dirección Territorial de Enseñanza. En él se anunciaba que a los pocos días se produciría el traslado de matrícula de una alumna de 4.º que iba a estar en el centro hasta fin de curso.

Sin entrar en detalles, se indicaba que dicha alumna tendría apoyo y seguimiento externo porque se trataba de un caso singular, clasificado como estrictamente confidencial. En un anexo a su expediente figurarían las informaciones precisas. La notificación no aclaraba nada más, ni siquiera de dónde venía.

Bernabé Soria, el veterano director del instituto, recibió la noticia con contrariedad. Temió que se tratase, como había ocurrido otras veces, de una alumna muy conflictiva a la que habían conseguido quitarse de encima en otro centro tras muchos incidentes y no pocas situaciones difíciles.

«Nuestra fama de ser uno de los institutos menos problemáticos de la ciudad tiene sus inconvenientes. A veces nos envían a los que nadie quiere y, por mucho que

lo pueda parecer, este no es el sitio más adecuado para ellos. No disponemos de las condiciones ni los recursos necesarios. Un solo alumno agresivo y rebelde puede distorsionar el buen ambiente de todo un grupo. Si es chica, como en este caso, suele ir mejor, aunque nunca se sabe».

Ni Bernabé Soria ni ningún profesor del instituto estaba al tanto de quién era Ania Vars, ni en qué consistía lo singular de su caso.

Una alumna muy especial

Ania Vars llegó al instituto a finales de abril. Fue incluida en 4.º B. Su incorporación apenas originó comentarios al principio. Todos los años se producían algunos traslados de matrícula en pleno curso por causas muy diversas.

Ania no asistía a todas las clases. A menudo faltaba jornadas enteras, sin que sus nuevos compañeros supieran por qué. A su vuelta presentaba en secretaría justificantes que certificaban «atención psicológica especial» como causa de la ausencia. No se daban explicaciones sobre motivos ni procedimientos.

Ella mostraba una actitud reservada y silenciosa, lejana. No entablaba una verdadera relación con nadie, solo mantenía diálogos muy breves y siempre sobre cuestiones puntuales.

Joaquín Mayoral, profesor de Tecnología y tutor de 4.º B, la había presentado al grupo el primer día con una pincelada:

—Ania estará con nosotros hasta fin de curso. Vamos a procurar que su estancia aquí sea provechosa y agradable para que le quede un buen recuerdo de su paso por el

instituto. Gracias a todos por la buena acogida que le vais a ofrecer.

—Buenos días —dijo Ania, con una apagada sonrisa que apenas se adivinaba en sus labios. Y, enseguida, como si pensara que aquel saludo se quedaba corto, añadió de forma inexpresiva—: Me alegro de estar aquí.

10 Ella vestía de manera algo distinta a la que dictaban las modas del momento. No cuidaba mucho su aspecto, aunque eso no ocultaba su buena figura. Su rostro era de una belleza poco habitual, con rasgos diversos y sutiles, armónicos. Con todo, su mirada destacaba sobre el resto, y a veces sus ojos grises con matices verdes parecían mirar sin ver, como si su atención estuviese en otra parte.

El expediente académico de Ania Vars Lagarde había llegado con una breve nota complementaria:

MOTIVO DEL TRASLADO: Cambio de domicilio familiar.

SITUACIÓN ACADÉMICA: Muy irregular y descompensada últimamente, aunque con calificaciones muy altas, en particular en algunas áreas de ciencias, matemáticas, y también en expresión oral y escrita. La atraen de manera especial las teorías sobre el universo, y es capaz de desarrollar pensamientos complejos sobre dichos temas.

NIVEL ESTIMADO: Alumna de altas capacidades, con rasgos específicos de superdotación, junto con carencias muy considerables que habrá que ir compensando.

PERSONALIDAD: Tiene un pensamiento divergente, claramente lateral, muy al margen de las mentalidades habituales en su generación, con solo 6,8/20 de los perfiles y actitudes propios

de su edad (15). Es muy personal, autónoma y creativa. Diagnóstico definitivo pendiente de su evolución. No se integra en los grupos y tiende a aislarse. Es solidaria y sensible en determinadas cuestiones básicas, pero indiferente en casi todas las demás.

INFORMACIONES ADICIONALES: Caso clasificado como especial, sujeto a estricta confidencialidad. Recibirá atención terapéutica externa de tipo psicológico; cuando falte a las clases por dicha causa presentará los debidos justificantes.

INDICACIONES: Procede efectuar un seguimiento de su proceso de integración, con detección en fase inicial de problemas de convivencia o adaptación si los hubiere.

Conversaciones en dirección

12 El primer día en que Ania Vars cruzó las puertas de su nuevo centro, tuvo lugar en dirección una charla entre Bernabé Soria, director del IES Alan Turing; la jefa de estudios, Menchu Soler, y Joaquín Mayoral, bajo cuya responsabilidad más directa iba a estar la recién llegada.

—Me temo que nos ha caído encima un caso que puede traer complicaciones —empezó diciendo Soria—. El halo de secreto que hay en torno a esa chica no me acaba de gustar. Como te dije, la hemos asignado a tu clase porque el B es, con diferencia, el mejor de los dos cuartos.

—Hay algunos elementos de cuidado —replicó la jefa de estudios.

—Eso ya lo sabemos, pero están muy en minoría y bastante controlados.

—Porque los conocemos bien —puntualizó Mayoral sin dejar de leer con cara de circunstancias el expediente de Ania y la nota que lo acompañaba—: Sí, en 4.º B hay buen ambiente, pero no sé si vamos a necesitar ayuda en algún momento. Es una lástima que Susana, la orientadora, esté de baja estos días. Seguro que podría ayudarnos.

—No te preocupes, tendremos ayuda —aseguró Soria—. Si se produce alguna situación difícil o que no podamos resolver por nuestra cuenta, tengo instrucciones de comunicárselo al Servicio de Salud de la Consejería y a la Fundación Mind & Life.

—¿La fundación qué?

—Mind & Life —repitió Soria—. Yo tampoco la conocía hasta ahora.

—Con ese nombre, parece claro que se dedican a cuestiones de salud mental —dedujo Menchu Soler.

—Sí, es lo más probable. De todos modos, confío en que no nos veamos obligados a recurrir a ellos. Además, ya habéis visto lo que apuntan de la «atención externa».

La jefa de estudios negó con la cabeza.

—En todos los años que llevo en esto, nunca había visto un caso que estuviese rodeado de tantas precauciones.

—¿Se sabe por qué la han enviado aquí? —preguntó Mayoral.

—No. Quizá sea porque este es un instituto poco conflictivo, aunque, como siempre digo en todas las reuniones, no estamos especialmente preparados para casos patológicos. Pero, en fin, confiemos en que todo vaya más o menos bien, sin muchos problemas. Y que no ocurra nada que de pie a Enrique el Mareante y su banda a meter cuña para hacernos daño.

Soria se refería a Enrique Ferrús, Olga Serer y unos cuantos profesores más que formaban un grupo que aspiraba a hacerse con la dirección, desplazando a Soria y Menchu, que llevaban ya doce años en sus cargos y no

tenían planes de renunciar a ellos. Había dos bandos muy claros en el claustro y un tercer grupo de profesores que, por distintas razones, no pertenecían a ninguno de los dos. Mayoral era uno de ellos.

Solo estaría aquel curso en el centro y por eso nadaba entre dos aguas, no quería verse comprometido en nada, pero el año se le estaba haciendo interminable.

—Estaré muy atento a todo lo que pueda pasar —aseguró.

14 —Sí, por favor, Joaquín. Evitemos incidentes desagradables. Si ves que sucede algo con la nueva alumna que pueda traernos problemas, dímelo enseguida. Es mejor anticiparse a los hechos que lamentarse cuando algo ya tiene mal arreglo.

Lo dejo en tus manos

La presencia de Ania Vars en las aulas fue causando efectos a medida que pasaron los días.

15

Todos sus nuevos compañeros se dieron cuenta pronto de lo especial y reservada que era. Le costaba tanto comunicarse que no entraba en relación con nadie. Su actitud habitual era estar siempre aparte y en silencio. Cuando alguien intentaba hablar con ella, respondía escuetamente, sin entablar conversación, y volvía a su aislamiento.

No tenía móvil ni tablet ni nada parecido. Tan solo utilizaba, cuando era totalmente inevitable para seguir las clases, los ordenadores o tablets que había en las aulas, y los de la biblioteca, pero no por mucho tiempo.

Para los chicos era una presencia más bien extraña. Su actitud lejana y tímida los mantenía a distancia, aunque a algunos no les faltaban ganas de meterse un poco con ella para ver cómo reaccionaba. Y su atractivo físico no le pasaba desapercibido a nadie.

De los chicos, el que más la miraba, sobre todo cuando ella no podía darse cuenta, era Iván Delclós. Era un muchacho de personalidad bastante especial, con muchos

cambios de humor. Pero se llevaba bien con casi todo el mundo y era, eso nadie lo ponía en duda, el alumno más capaz y preparado de 4.º B. Era bueno en casi todo, pero destacaba principalmente en cuestiones informáticas y bastante en expresión y lenguaje.

Entre las alumnas, aunque también había de todo, se dieron actitudes más cercanas y receptivas en relación a Ania Vars. A algunas les sabía mal verla tan aislada y replegada sobre sí misma, y trataban de acercarse a ella por diferentes caminos, aunque apenas lo conseguían.

16

Un grupo de cuatro alumnas, muy amigas entre ellas desde hacía varios cursos, fue el que consiguió romper un poco el círculo invisible que envolvía a Ania. Y entre ellas, quien más se aproximó fue Yola. El afecto y la cercanía hacia los demás surgían en ella de manera natural, como algo propio de su manera de ser. Fue quien mejor llegó a establecer un cierto grado de relación con Ania Vars, gracias a una antigua idea que puso de nuevo en práctica.

Hizo algo parecido a lo que había hecho años atrás en el colegio con una niña de personalidad muy difícil que hacía su vida al margen de los demás alumnos, de quienes siempre parecía desconfiar o temer algo.

Aun con las diferencias que había entre uno y otro caso, aplicó el mismo sistema. Sin que Ania se diese cuenta, puso dentro de uno de sus cuadernos de apuntes una nota que había preparado para ella.

«Hola, Ania. Te escribo en un papel porque creo que es la mejor manera de hacerlo. No te lo digo de palabra

porque me va a resultar más fácil hacerlo así. Ah, se me olvidaba, soy Yola, la morena delgada, con pelo largo, que a veces se sienta a tu lado.

Quiero que sepas que, aunque no me necesites para nada, si quieres estaré contigo, y podremos compartir cosas. Estar siempre sola no es bueno del todo. No sé nada de ti, pero creo que nunca he conocido a alguien tan especial como tú. Me gustaría que nos conociésemos un poco más.

Si en cualquier momento, cuando te venga bien, quieres hablar con alguien, compartir alguna cosa, lo que sea, te pido por favor que te acuerdes de mí. Te lo digo de verdad. No me gusta que nadie deje de contar conmigo por no habérselo ofrecido.

Espero que comprendas mis palabras. Lo dejo en tus manos. Será lo que tú decidas, aunque decidas que no sea nada.

Un abrazo».

Después de haber dejado aquella nota en uno de los cuadernos de Ania, Yola estuvo a un paso de arrepentirse. Pensaba que quizás no era lo más apropiado para una persona como ella. No sabía cómo iba a reaccionar. Había escrito aquellas palabras con su mejor intención, pero ahora tenía dudas. Ni siquiera sabía si Ania leería pronto la nota o si aquel papel estaría varios días entre las páginas del cuaderno sin que ella lo viese.

La respuesta llegó al día siguiente.

Ania y Yola coincidieron en el baño entre la primera y la segunda clase. Estuvieron allí las dos solas unos momentos. Sus miradas se cruzaron a través del espejo con

una intensidad especial. La de Ania tenía una expresión que Yola no le había visto antes. Dedujo que había leído la nota y que le había creado buenas sensaciones. No dijo nada pero, a su manera, dijo mucho. Un silencioso camino de encuentro entre las dos se había abierto.

18 De manera siempre discreta, en los días siguientes Yola le fue pasando a Ania apuntes de las clases a las que había faltado. También, referencias de temas que había que buscar en una plataforma digital que se utilizaba para varias asignaturas. Luego, tuvieron algunas conversaciones, siempre breves, a las que Ania ponía pronto fin con suavidad para volver a sus silencios.

Un día, Yola se decidió a preguntarle dónde vivía. Era un pequeño misterio, porque Ania siempre se las arreglaba para irse sola del centro al final de la jornada. O bien salía de los primeros como si tuviese mucha prisa, o esperaba y se iba cuando ya no quedaba casi nadie. Pero no tomaba siempre la misma dirección. Un día iba por la avenida hacia arriba, otro hacia abajo, otro tomaba una calle perpendicular, otro rodeaba el edificio y se marchaba por la parte de atrás. Era una conducta muy rara porque todos salían con hambre, pues ya era la hora de comer, y se iban a sus casas sin dar rodeos ni perder el tiempo.

—Vivo con mi madre, no muy lejos de aquí, en una casa que hemos alquilado —le dijo Ania a Yola sin dar más explicaciones.

Yola decidió entonces que uno de aquellos días, procurando que Ania no se diese cuenta, la seguiría para ver adónde iba.

No tuvo que esperar mucho. La ocasión surgió al día siguiente. Ania fue, como otras muchas veces, de los últimos en salir del instituto. Yola la vio marcharse a través de las ventanas de un aula vacía. Fue tras ella poco después. Dejó una buena distancia entre las dos para que, si ella se volvía a mirar atrás por cualquier causa, no la viera fácilmente.

Ania tomó una calle perpendicular a la fachada del centro. Caminaba con bastante rapidez. El tráfico era escaso, no tuvo que detenerse en ningún cruce. En ningún momento se volvió a mirar atrás.

19

Tras unos quince minutos caminando, Ania se introdujo en un coche oscuro que estaba estacionado junto a una de las aceras. Sentada al volante había una mujer. El coche se puso en marcha enseguida y se alejó.

A Yola no le fue difícil llegar a conclusiones:

«Su madre viene a recogerla en coche todos los días, y quedan en lugares distintos y un poco apartados del instituto porque Ania no quiere que se sepa que vienen a buscarla. Seguramente le avergüenza o le hace sentirse mal tener necesidad de algo así a su edad, y hace todo lo que puede para esconderlo».

Haber descubierto aquello la conmovió. Pensó que involucrase en tantos secretos no podía ser bueno para Ania. Más bien tenía que hacerle daño. De todos modos, Yola decidió que por el momento no le hablaría a nadie de aquello, ni siquiera a Asun, ni a Bea, ni a Rosy, sus mejores amigas en el instituto.

Cuando volvió sobre sus pasos para irse a su casa, después de haber avisado que llegaría un poco más tarde

que de costumbre, se sentía extrañamente bien consigo misma. Era como si haber descubierto aquel pequeño secreto de Ania pudiese ayudarla a partir de entonces a tener una mayor proximidad con ella.